

poderosos amigos, pudiera ser motivo para que tus súbditos rebeldes me vean con desconfianza, sabes, Señor, que nadie como yo es afecto á tu persona, y elocuencia me sobrar  para convencerlos de que si haciendo lo que hacen faltan   las leyes de la hospitalidad para con estos extranjeros, su rebeli3n es tanto más criminal cuanto que no pudiendo t  separarte de ellos, ni salir de aquí, tu muerte es la que   causar van y con ella el luto, la ruina y la desaparici3n de su patria, de sus dioses y de su rey: Sea yo, pues, tu elegido, que si en la empresa muero, habrá tan s3lo cumplido mi deber.

Tan bien supo Cuitlahuatzin fingir su adhesi3n   su emperador y   los españoles en la anterior arenga, que Cortés cay3 en la red y di3 su permiso para que al señor de Ixtapalapa se le dejase franca la salida fuera del cuartel.

Apenas Cuitlahuatzin se vi3 libre, se lanz3 con frenética alegría al encuentro de los grupos de mexicanos que en hostil actitud discurrían por los contornos del palacio y plaza del templo, y reuniéndolos   todos y tomando de manos de un guerrero una macana 3 espada con dientes de obsidiana, la agit3 en alto sobre su cabeza y con gozo irreprimible grit3 levantando su voz sobre las aclamaciones de la multitud.

—A mí, Tezcatlipoca!   m  contra Quetzalc3atl!

#### Capitulo V

### El décimo rey de México

**N**ECESITAMOS explicar   nuestros lectores el grito de guerra lanzado por Cuitlahuatzin.

D dalo y laberinto de difícil salida es la antigua teogonía azteca, que tanto más se enreda y hace incomprendible cuanto mayor es el número de los que   escribir de ella se dedican, disponiendo 3 interpretando según su fantasía los c3dices, gerogl ficos y manuscritos que referentes   aquellas tradiciones se han descubierto 3 conservado.

Dicese que all , cuando el sol no existia, los antiguos dioses de estas dilatadas tierras reuni3ronse en las pirámides de Teotihuacán, y encendiendo una grande hoguera, determinaron que el primero que en ella se arrojase saldría hecho sol y tendría   su cargo alumbrar al mundo.

Dura era la prueba y mucho dudaron en acometerla los congregados; pero al fin venció uno de ellos la natural repugnancia y se dej3 ir en la hoguera, lo cual anim3   otro que le imit3, resultando de aquí que al punto y

hora convenidos, no uno solo, sino dos soles aparecieron sobre el horizonte.

No pareció bueno esto al resto de los dioses congregados, y para zanjar el conflicto, uno de ellos, que debió ser un diestro tirador, buscó un conejo y se le lanzó al rostro á uno de los dos soles, con tino y fuerza tal que pegado á la faz se le dejó y así es como fué creada la luna, ó sea el dios Tezcatlipoca.

Dicen algunos cronistas que el autor de esta mala pasada fué Quetzalcóatl, que es la estrella de la mañana, ó planeta Venus, padre del sol (1).

Excusado es decir que Tezcatlipoca ya no pudo ver ni pintados á Quetzalcóatl ni al sol, y dieron todos en huirse, de donde resulta que la luna no quiso salir nunca al mismo tiempo que el sol, y que la estrella de la mañana desaparece todas ellas en la primera luz del sol, pues su hijo es, le quiere, y en sus brazos se arroja amoroso y en sus rayos se confunde y desvanece.

Más tarde y según ya lo dejó referido, Quetzalcóatl vino á ser rey y sacerdote de los toltecas.

Fuérase quien se fuese aquel misterioso personaje, lo cierto es que su religión fué sumamente humana y racional, al contrario de la de Tezcatlipoca, sanguinaria y cruel sobre toda ponderación.

No contento el último con ello le declaró la guerra, y entablada, fué una lucha religiosa larga y sangrienta, que terminó con la retirada de Quetzalcóatl, quien desapareció en las orillas del mar, prometiendo que algún día

(1) Tonacatscuchtlí.

tornaría á volver para recobrar su reino y vengarse de lo mal que habíanle tratado.

Esta tradición, que de tanto provecho fué á Hernán Cortés, pues desarmó á su más temible enemigo, Motezuma, iba á ser, como del grito de guerra de Cuitlahuatzin se desprendía, el móvil de la resistencia que en lo de adelante iba á encontrar la conquista.

Tanto más encarnizada podía ser la lucha cuanto que, según algunos historiógrafos, ayudó mucho en su legendaria lucha á Tezcatlipoca, el temible Huitzolo-pochtli.

Este no fué en sus principios más que el jefe de los mexicanos; sus dotes guerreras rayaron en lo maravilloso, él los guió en sus más terribles combates, él los constituyó en pueblo y los mexicanos reconocidos hicieron de él su más grande y poderoso dios, tanto que sólo Tezcatlipoca podía compararsele sin que por esto llegara á iguarlarle jamás en la veneración de los mexicanos.

Así pues, la venganza de Quetzalcóatl caería por igual sobre Tezcatlipoca y Huitzolo-pochtli.

Ya habrán comprendido ahora mis lectores el grito de guerra del valiente y astuto Cuitlahuatzin.

Entre los primeros que en señal de juramento pusieron su mano sobre la *macana* del señor de Ixtapalapa, se hizo notar por el entusiasmo con que lo practicó un personaje que es el primero que conocimos al dar principio á nuestra novela.

Dicho personaje era el sacerdote Ixtaolzin.

Al lado de éste surgió entre la multitud un joven indio de porte y maneras distinguidas y vestido á la usanza de los nobles señores aztecas.

Era Tezomotli, el mismo que entre las peñas del cerro del Tepeyac oímos conversar con Ixtaolzín.

Allí supimos también que era hijo del señor de Ixta-palapa.

Así fué que apenas su padre le distinguió le echó los brazos estrechándole amoroso contra su corazón.

A partir de aquel instante la hostilidad de los mexicanos y la angustiosa situación de los españoles llegaron á su límite.

Cuitlahuatzín, no sólo no abasteció el mercado, sino que se puso al frente del alzamiento y organizó los combates, que fueron diarios é innumerables, con no poca fatiga de los españoles, quienes, á contar de aquel día, no volvieron á desnudarse sus armaduras ni dejar las espadas de la mano.

La situación se hizo de todo punto insostenible.

Desde las azoteas del templo mayor y de las casas vecinas, los indios acribillaban á flechazos y pedradas á sus enemigos.

Cortés determinó tomar dicho templo, y para ello hubo de sostener una de las más reñidas y sangrientas batallas de aquellos días.

En cada salida que efectuaba ponía fuego á las casas próximas á su cuartel á fin de despejar lo más posible las cercanías del palacio de Axacáyatl.

Pero de todas aquellas salidas poco provecho sacaba, y la muchedumbre de sus enemigos le obligaba á replegarse de nuevo á su antigua posición.

Tras las fatigas del día, los soldados empleaban la noche en reparar las brechas que en sus cuarteles abría el enemigo.

Muchas fueron las veces que Moctezuma, á quien con-

servaban prisionero, les salvó de una completa destrucción presentándose en la azotea del palacio, arengando al pueblo y procurando calmarle, haciéndole creer que ni él ni los otros señores compañeros de su cautiverio, estaban en el cuartel de los españoles sino por su propia voluntad.

La última vez que tal cosa repitió, Cuitlahuatzín apostrofó su conducta y le llamó cobarde, y algunos de los indios que á éste rodeaban lanzaron á Moctezuma varias flechas y piedras, una de las cuales le causó una peligrosa herida en la frente.

Aquella ofensa á la majestad imperial de Moctezuma convenció á los españoles de que si allí permanecían, su muerte y destrucción eran inevitables, y determinaron salir á toda costa de la capital, conviniendo en efectuarla en la noche del 30 de Junio al 1.º de Julio de aquel año de 1520.

Así lo hicieron, pero se cuenta que antes de dejar sus cuarteles dieron muerte de hierro á Moctezuma y á los demás nobles señores que tenían en rehenes.

Pero por más precauciones que tomaron para no ser sentidos, alguien dió aviso á los sacerdotes del templo de Huitzolopochtli, que hicieron la señal de alarma, y en un momento la multitud de los guerreros mexicanos flanqueó en canoas ambos lados de la calzada de Tacuba, por la que huían los españoles, y el combate fué tan terrible y sangriento, que desde entonces se le dió á aquella noche el nombre que de *triste* lleva.

Al llegar á un punto denominado Popotla, detúvose, según se dice, el conquistador al pié de un corpulento *ahuehuate*, que hasta hoy se conserva, y libre ya de la

persecución de los mexicanos, pasó revista á sus merma-  
das huestes.

Grande era el corazón de Cortés, mas no obstante no  
pudo dejar de verter abundantes lágrimas en memoria de  
sus amigos muertos y en holocausto de aquel desastre.

Aquellas lágrimas que la historia ha recogido, las de-  
rramó el esforzado caudillo al pié del elevado y corpulen-  
to ahuehuete que á despecho de los siglos recuerda á los  
hombres el duelo del esclarecido Hernán Cortés.

Aquel gigante de la vegetación sorprendente del anti-  
guo Anáhuac, vestido de su recuerdo histórico, inspira  
veneración y respeto.

Las lágrimas de un héroe eran preciosas y envuelven  
en su líquido diamante algo de la grandeza del que las  
derrama.

Hernán Cortés, héroe de una epopeya grandiosa, lloró  
una sola vez.

Para recordar sus lágrimas creó la naturaleza ameri-  
cana aquel vivo monumento que á través de los siglos lo  
es de sus imperecederas glorias.

De Popotla se pusieron en marcha los españoles para  
Tlacopán, se fortificaron en el sitio donde hoy está el  
santuario de Nuestra Señora de los Remedios, y se en-  
caminaron á Tlaxcala, sosteniendo antes en los llanos de  
Otumba una de las más famosas batallas, pues un redu-  
cido grupo de ellos derrotó y puso en fuga á una incon-  
table muchedumbre de soldados enemigos.

El 8 de Julio de aquel año los españoles entraron  
en los dominios de sus amigos los tlaxcaltecas, reducido  
su número á cuatrocientos cuarenta hombres.

Los mexicanos, agradecidos á Cuitlahuatzin, eligieron-  
le rey, y, libres por el momento de la presencia de sus

enemigos, dedicáronse con empeño á reparar los destro-  
zos causados en la ciudad y á fortificarla de un modo  
conveniente.

En aquellos días la capital estaba fundada sobre una  
isla que comunicaba con la tierra firme por medio de tres  
magníficas calzadas de piedra construidas sobre el lago.

La calzada de Ixtapalapa media siete millas de largo  
y se hallaba al Mediodía.

La del Poniente era la de Tlacopán y media dos  
millas.

Al Norte partía la de Tepeyac en una extensión de  
tres millas.

Más de nueve millas media el perimetro de la ciudad,  
formada por más de sesenta mil casas.

Verdaderas obras de arte y utilidad eran los diques y  
esclusas construidas para contener las aguas en caso de  
necesidad.

La mayor parte de las calles estaban formadas de ca-  
nales, que multitud de canoas recorrían en todas direc-  
ciones.

Otras estaban perfectamente empedradas y sin agua.

Algunas tenían un canal más estrecho flanqueado por  
dos diques ó terraplenes.

Los templos eran numerosísimos.

El Mayor, dedicado á Huitzolopochtli, era alto y hermo-  
samente edificado (1).

Tenía para subir á él ciento veinte gradas al cabo de  
las cuales había una gran planicie y en ella un aposento  
ancho y largo.

(1) Fray Diego Durán.

Sus paredes estaban cubiertas de tapices de algodón con primorosas labores de plumas.

En la puerta de la pieza estaba siempre corrido un velo ó cortina ricamente bordada.

Sobre un ara magnífica á modo de andas, se levantaba el ídolo de un aspecto horroroso y tan alto como lo permitía el techo del santuario.

Representaba, aunque groseramente, un hombre gigantesco sentado en un banco azul.

De cada uno de los cuatro ángulos salía una serpiente enroscada.

La frente del ídolo estaba listada de azul, en fajas que corrían de oreja á oreja.

Cubría su cabeza un rico penacho de escogidas plumas verdes, y este penacho rematado sobre la frente en un pico de oro magníficamente bruñido.

Su cara y su nuca la cubrían dos máscaras de oro macizo.

Ceñía su cuello una especie de collar formado por diez corazones de piedra.

Tenía en la mano derecha un bastón en espiral azul.

En la izquierda un escudo ó rodela de oro bruñido y plumas, y cuatro flechas y una banderola también de oro.

En los brazos y en los piés unas pulseras y ajoyas de oro y piedras preciosas.

Calcula un cronista que el valor de los adornos del ídolo pasaba de doscientos mil pesos.

Era el dios de la guerra de los mexicanos.

Al lado del aposento destinado á él se hallaba el de Tlaloc, el viejo dios de las lluvias, señor de las nubes y las tempestades y padre de la luna Tezcatlipoca.

El tal dios estaba todo él pintado de negro.

Su tocado lo formaban escogidas plumas blancas y verdes.

Sobre la espalda descendía su revuelta y enmarañada cabellera.

Vestía una rica túnica ó *huipilli* azul sembrado de flores.

Calzaba *cactlis* ó sandalias también con lazos azules.

En la mano izquierda portaba un escudo ó *chimalli* azul con plumas, y en la derecha un rayo.

Adornaba su cuello una gargantilla de piedras verdes, sus brazos pulseras y sus piernas abrazaderas de las mismas piedras engarzadas en oro.

Frontero á este templo elevábase sobre treinta gradas el funesto y repugnante Zompantli.

Era este una extensa empalizada de treinta brazadas de largo, formada con gruesas vigas atravesadas por menudos agujeros por los cuales pasaban unas delgadas barras en que estaban ensartadas por las sienes numerosísimas calaveras de los hombres que eran sacrificados en aquellas bárbaras ceremonias.

Aquellos despojos eran allí colocados después que los fieles habíanse comido la carne de la víctima.

Algunos tenían la bárbara curiosidad de dejar al cráneo su cabellera y en tal estado la colocaban en dicha empalizada.

Al extremo de la escalera y poco apartada de ella para poder con facilidad hacer rodar por sus gradas los cuerpos, aun con vida de las víctimas, se hallaba la piedra de los sacrificios, dispuesta de modo que el pecho del sacrificado quedase bastante elevado para poder con facilidad abrirse y arrancarle el corazón.

¡Bendita mil veces la hora en que el Dios único y verdadero puso fin á aquella infernal religión azteca é inspiró á los españoles la feliz idea de fundar sobre las ruinas de aquel templo de los demonios, la santa y magnífica catedral en que hoy ofrecen nuestros católicos sacerdotes el sacrificio incruento del cordero sin mancha que pide por única ofrenda la de una conciencia tranquila y un corazón contrito y limpio de pecado!

Capítulo VI

El sacrificio de Xochitl

**E**N aquella noche que por funesta para los conquistadores fué apellidada *triste* no todos aquellos á quienes la fortuna vió con airados ojos tuvieron la de morir en el combate de la calzada de Tlacopán ó Tacuba.

Muchos guerreros aztecas procuraron no matar á su enemigo sino apoderarse de ellos vivos.

El objeto de los que tal hicieron fué el de hacerse de prisioneros que sacrificar á sus bárbaras divinidades.

En procurarse víctimas por este medio eran sumamente diestros los mexicanos.

Pueblo esencialmente guerrero y habiendo sido muchos de sus sacerdotes sus más notables caudillos, las batallas llegaron á ser para ellos no un medio para ensanchar las fronteras de su reino ni extender su poder, sino un recurso para hacer prisioneros que sacrificar á sus dioses.

De ahí vino, según dice un cronista, que se empeñasen en las batallas, no en herir y matar á sus contrarios, sino en hacer el mayor número de prisioneros que ofrecer en las aras de su dios.

Este era el mejor medio de ascender rápidamente en el ejército.

El valiente que había cautivado dos enemigos usaba un traje de algodón rayado, un escudo ó *chimali*, igualmente rayado, un gorro sin plumas terminado en punta y una manta con cenefa sencilla de rayas.

El que había cautivado á tres enemigos usaba el peinado rojo y con plumas y su manta bellamente bordada.

El que cautivaba á cuatro enemigos usaba manta listada de negro y naranjado con cenefa y se cubría con una piel de tigre, por lo que se le llamaba *océlotl*, que era gran dignidad en la milicia.

Así, según lo indican los geroglíficos del códice *Mendocino*, tan sólo el servicio del dios era el camino para llegar á los altos puestos de la milicia, como la guerra no tenía otro objeto que la honra y la gloria de la divinidad (1).

Con este fin los sacerdotes, aprovechando grandes calamidades y fingiendo enojos de sus dioses, hicieron celebrar el famoso pacto de la guerra sagrada entre México, Tlascala y Huejotzingo, por el cual periódicamente salían estos pueblos á combate, sin más fin que el de hacer prisioneros.

Entonces fué cuando los sacrificios, que eran la ofrenda mas propicia, se extendieron en proporción que espanta.

Nacía el niño y se le clavaban púas de *maguety*.

Las esposas se mortificaban con duras penitencias

(1) D. Alfredo Chavero.

cuatro días antes de celebrar su matrimonio, como el rey antes de subir al trono.

En los funerales se mataban enanos y servidores del difunto para que le acompañasen en el eterno viaje.

Sacrificábanse en el templo mancebos y vírgenes, ancianos y sacerdotes. Día á día la guerra vomitaba centenares de cautivos sobre los templos ó teocallis, para que allí se les arrancase el corazón palpitante, dejando rodar su cuerpo ensangrentado por las gradas del templo. Y eran tantos los sacrificios que los sacerdotes, bañados en sangre, se cansaban, y otras, hasta que el sol se escondía entre sangrientos vapores.

México era una laguna de sangre, en donde se ahogaban la familia, la sociedad, las magistraturas y los reyes y en la cual sólo sobrenadaba lúgubre y espantosa la figura negra del sacerdote, el Teotecuchtili que significaba el señor del dios! (1)

Se comprenderá, pues, fácilmente, que en la citada *Noche Triste* muchos guerreros aztecas procurasen á toda costa coger vivos á sus enemigos.

Varios españoles tuvieron tan infausta suerte y fueron horriblemente sacrificados en aras del cruel dios de la guerra.

Entre los españoles prisioneros se hallaba un jóven, que había sido paje de Pánfilo Narváez, y que cuando éste fué derrotado por Cortés pasó sin dificultad al partido del vencedor.

(1) Estas noticias y otras muchas por el estilo con que ilustraremos nuestra obra en estas materias, están tomadas de las inapreciables obras del ilustre y eminente arqueólogo é historiador mexicano D. Alfredo Chavero.

Llamábase Gonzalo de Alba y había venido á las tierras de Colón guiado por un noble y sagrado móvil.

Su padre había sido soldado de Carlos V, y digo había sido, porque teniendo Gonzalo doce años, los moros hicieronle cautivo y se encontraba en Argel esperando su rescate.

La madre de Gonzalo murió de pena al saber la infausta suerte del padre de su hijo y éste quedó á los catorce años huérfano y en la miseria.

Cuando tuvo la edad requerida, Gonzalo entró al servicio del rey, y seducido por la fama de las riquezas del Nuevo Mundo pidió y obtuvo pasar á él.

—En poco tiempo,—se había dicho Gonzalo,—podré reunir una buena cantidad de oro que me permita rescatar á mi padre y hacer felices sus últimos días.

En poco tiempo después de haberse unido á Don Hernando, los españoles descubrieron en el palacio que les sirvió de cuartel el tesoro real de Moctezuma.

Momentos antes de la salida de la *Noche Triste*, Cortés permitió á sus soldados que tomasen del tesoro aquello que pudiesen cargar, y mucho les recomendó no lo hicieran de modo que no tuviesen libres sus movimientos si era necesario combatir.

Esta recomendación pocos la tomaron en cuenta, y no fué esto lo que menos contribuyó á hacer más terrible el desastre.

Gonzalo tomó, como todos los demás, su parte del tesoro imperial y con ella juzgó ya conseguido su propósito.

Pero ya lo dije, su suerte le fué contraria y quedó prisionero y fué vuelto á la ciudad.

Pero con tal fe invocó á la Providencia en aquel supremo trance, que Dios se apiadó de él y en su auxilio vino la Santísima Virgen.

Y el modo fué, según él lo contó, que una hija del guerrero que le había cautivado se enamoró de modo tal de Gonzalo, que la bella india juró salvarle la vida aun á costa de la suya.

Desatar las ligaduras que oprimían al cautivo era cosa bien fácil; pero ¿de qué le serviría la libertad si no conocía la ciudad, ni sabría cómo salir de ella, ni contaba con persona que se atreviera á ocultarle en un lugar seguro?

La Providencia acudió en su auxilio con una nueva é inesperada ayuda.

La jóven, cuyo nombre era Xochitl, era fraternalmente amada por Tezomotli, el hijo del valeroso Cuilhualtzin.

La casualidad llevó á Tezomotli á casa de la enamorada Xochitl.

Con la precisa cautela, la jóven reveló á su amigo su extraordinaria y súbita pasión.

Tezomotli que amaba á Xochitl como un verdadero hermano, no pudo por menos de estremecerse.

—¿No sabes,—le dijo,—desventurada, que es un crimen en tí amar á un enemigo de tu patria y de tus dioses?

—Lo sé, pero ese extranjero nunca gozará de este amor que me ha inspirado.

—Entonces ¿qué pretendes?

—Salvarle.

—Eso corre de tu cuenta.

—¿Qué me quieres decir?

—Que tú me ayudarás á salvarle.

—¿Cómo podré hacerlo?

—Tú lo sabrás, Tezomotli: yo sólo sé que si tú quieres hacerlo lo harás.

—¡Imposible, Xochitl, imposible!

—Y bien, si el prisionero muere, yo moriré también maldiciendo á esos dioses que han cerrado á la piedad tu corazón, y maldiciéndote á tí, que este favor niegas á tu hermana.

Tal era el acento de dolor con que Xochitl pronunció estas palabras, que Tezomotli se sintió conmovido y contestó:

—No, hermana mía, no hagas eso: yo te ayudaré á salvar á ese hombre.

Así lo hizo en efecto el noble Tezomotli.

Indecibles fueron sus trabajos para hacerse comprender del cautivo, pero uno y otro habían aprendido varias palabras del idioma de su contrario, y merced á ello Gonzalo, disfrazado con un traje azteca, siguió confiado á su salvador.

Pero antes de salir de la casa habíase llegado á Xochitl é impreso en su frente un beso tan lleno de gratitud, que la pobre joven estuvo á punto de sucumbir de felicidad.

Alboreaba la primera luz de la mañana cuando Xochitl, que con supremo transporte besaba las cuerdas con que había estado amarrado su querido prisionero, se estremeció reconociendo en el interior de la casa el ruido de los pasos de su propio padre.

Hasta aquel momento no había vuelto á acordarse de él.

Su amor inmenso le había hecho olvidar que más pronto ó más tarde su padre volvería á buscar al cautivo.

¿Qué iba ella á responder cuando por él fuese preguntada?

Un momento, un solo instante se encontró confundida con su propia pregunta.

Pasado ese momento la joven india recobró toda su sangre fría y se dispuso á soportar las consecuencias de su generosa acción.

Poco le importó cuales hubieran de ser esas consecuencias.

Amaba y su amor satisfecho le hizo ver con indiferencia todo lo que su amor no fuese.

La raza azteca era en aquellos días sobradamente enérgica para ser capaz de esto y mucho más.

La misma muerte no le imponía ni en lo mas mínimo.

Los bárbaros sacerdotes les habían acostumbrado á verla con desdén.

La muerte para ellos era un espectáculo.

Los sacerdotes se apoderaban de la juventud casi desde los primeros días del niño.

A este fin tenían establecidos en sus templos una especie de colegios.

En el *calmecac* se educaban los mancebos que habían de ayudar á los sacerdotes en las ceremonias del culto, generalmente de edad de diez y ocho á veinte años.

Criábanse en penitencia y sujetos á toda clase de penalidades para acostumbrarlos á ser fuertes y sufridos.

Al depositar el padre á su hijo en el *calmecac*, le decía estas palabras:

«Ni digas vive mi padre ni mi madre, ni en mi casa hay riqueza, ni te acuerdes de ninguna de estas cosas.»

A su vez las hijas de los nobles y de los señores se

educaban en el templo y vivían en penitencia hasta que salían de allí para casarse.

Al nacer el niño los sacerdotes le ponían en la mano un pequeño escudo y cuatro flechas como indicándole su destino de guerrero.

Al llevar al niño ya mancebo al calmecac, los sacerdotes le deseaban como supremo bien, que saliese de allí adiestrado en el manejo de las armas para que fuese á morir en la guerra por su dios.

Millares de víctimas se sacrificaban anualmente en los templos, cuyas paredes y cuyas gradas hacia resbaladiza la sangre humana en ellas derramada.

Aquella sangre se corrompía yapestaba hasta que las lluvias torrenciales se encargaban de lavarla.

Los cráneos de los prisioneros de guerra quedaban en el templo, pero el resto de la hosamenta era propiedad del dueño del cautivo, y sus huesos se conservaban en la casa de los guerreros, colgados de cuerdas, para atestiguar el valor de los señores.

En aquellos días y en aquellas naciones la mitad de los hombres que morían no debían esperar que sus restos fuesen sepultados.

Las carnes de la víctima eran devoradas por los devotos del dios, cuya carne se imaginaban gustar.

¿Qué terror podía causar la muerte á aquella bárbara sociedad?

Así fué que cuando Xochitl se vió en presencia de su padre que colérico preguntaba por su cautivo español, respondió sin inmutarse que ella le había dado libertad.

El primer impulso del guerrero fué el de dar muerte á la criminal.

Pero conteniéndose, le preguntó la causa porque tal cosa había hecho.

Xochitl le respondió que porque le amaba.

Estas osadías é imprudencias de los enamorados son y han sido muy comunes en todos los tiempos.

Aquel instante hubiera sido el último de la vida de Xochitl si un nuevo personaje que en la habitación entró no hubiera detenido el brazo del padre de la jóven.

El recién llegado era el sacerdote Ixtaolzin.

—¿Por qué quieres matar á tu hija, valeroso Acatl!— preguntó.

Acatl respondió contando en breves palabras lo sucedido.

—Justo es tu enojo,—observó con bárbara tranquilidad el sacerdote.

—Si tal crees,—dijo Acatl,—démame concluir con ella.

—No, no hagas tal,—contestó Ixtaolzin.

—No te comprendo.

—Me explicaré.

—Habla pronto, porque mal puedo reprimirme para escucharte.

—Acabo de consultar á la diosa Toci, de la cual soy sacerdote: ella es, bien lo sabes, la madre de los dioses; y á ella he preguntado cuál es la causa de los males que nos afligen.

—Ixtaolzin,—observó con energía feroz el feroz Acatl:—la causa de nuestros males es el haber admitido en nuestro imperio á los pérfidos sucesores de Quetzalcóatl.

—Pero es que no es ese el único mal que nos aflige: de ese, pronto los guerreros nos habréis libertado, aca-

bando con los extranjeros, por más que tengan por aliados á los traidores tlaxcaltecas y totonacas.

—¿Cuál entonces?

—Una horrible y desconocida peste ha empezado á extenderse entre nosotros, y los que de ella se enferman se cubren de nauseabundas pústulas y mueren sin remedio, porque no le conocemos para esa enfermedad, nueva entre nosotros.

—¿De dónde viene esa peste?

—De nuestros enemigos, una horrorosa criatura, negra como la obsidiana, que con los Quetzacóatl ha venido, es la que ha propagado esa peste espantosa (1).

—Y bien, ¿qué han dicho los dioses?

—La diosa Toci me ha dicho que no atenderá á nuestras quejas mientras no se le ofrezca un sacrificio de veinte doncellas.

—Y para qué has venido á buscarme?—preguntó Acatl.

—Para que tú, que eres de los más adictos de Toci, me ayudes á reunir las veinte doncellas que deben morir, sacrificadas á los dioses, para con su muerte salvarnos á los demás.

—¿Veinte doncellas?—preguntó Acatl con feroz alegría.

—Veinte, sí;—contestó Ixtaolzín.

Entonces el guerrero se dirigió al rincón en que temerosa y espantada se escondía su hija infeliz, y tomándola de un brazo, tan bruscamente que la hizo lanzar un doloroso gemido, la empujó hacia Ixtaolzín, gritándole:

—¿Veinte has dicho?... ¡Ahí tienes una!

Ixtaolzín se apoderó de Xochitl con bárbara satisfacción.

(1) Un negro que formaba parte de la expedición de Narváez fué quien introdujo en México la *viruela*, enfermedad que no existía en todo el país.

## Capítulo VII

### El crimen hecho Dios

GRANDE fué la sorpresa que la noticia del horrible sacrificio dispuesto por Ixtaolzín causó á los mexicanos.

Esta sorpresa no carecía de razón.

La fiesta de la diosa Toci, aunque era de las más solennes, nunca había exigido el sacrificio más que de una sola mujer, y no era aquella época del año elegida por Ixtaolzín la destinada por el calendario azteca para celebrarla.

El origen de aquella fiesta es de lo más atroz imaginable.

Dice la tradición que los mexicanos hallábanse en Mexicalcingo, una de tantas estaciones que hicieron en su larga peregrinación desde que fueron arrojados de Aztlán.

Hallábanse en paz y sosiego, y no conviniendo esto á sus sacerdotes, hicieronles creer que el dios de la guerra les exigía entrar de nuevo en escaramuzas y combates.

Según ellos el dios había dicho:

«Necesidad tenemos de buscar una mujer la cual se ha de llamar la mujer de la discordia y mi abuela, en el lugar donde hemos de ir á morar y hacer habitación, y es necesario que dejemos este con guerra y muerte de modo que demos á entender al mundo el valor de nuestras personas.

»Armaos, pues, y sea el medio para salir de este lugar, que vayáis al rey de Culhuacán y le pidáis su hija para mi servicio, favor que no os negará y ésta ha de ser la mujer de la discordia.»

El rey de Culhuacán no tuvo en efecto inconveniente en dar su hija á los mexicanos, satisfecho con el honor que de ello habría de resultarle.

La joven fué conducida con grandes regocijos al lugar de los mexicanos, cuyo idolo volvió entonces á hablarles de este modo:

«Ya os avisé que esta mujer había de ser la discordia entre vosotros y los de Culhuacán, y para que lo que yo tengo determinado se cumpla, matad esa moza y sacrificadla á mi nombre, pues desde hoy la tomo por mi madre.

»Después de muerta desolladla, vestid el cuero á uno de los principales mancebos y encima todas las ropas de esa mujer y luego convidaréis al rey su padre para que venga á hacer adoración á la diosa su hija y ofrecerle sacrificio.»

Todo se hizo como el idolo lo había prescrito y el rey aceptó el convite y reuniendo sus principales señores les invitó á su vez á que fuesen á adorar á su hija, que era diosa de los mexicanos.

Con gran aparato y ricos presentes el desgraciado rey

se dirigió al lugar de los mexicanos, que le recibieron y aposentaron con grande regocijo.

Después que sus huéspedes hubieron descansado, metieron los mexicanos al indio vestido con el cuero de la hija del rey al aposento del dios y haciéndole subir en su altar salieron á llamar al rey diciéndole:

«Señor, si eres servido, bien puedes entrar á ver á nuestro dios y á la diosa tu hija, y hacerles reverencia, ofreciéndoles tus ofrendas.»

El rey, teniéndolo por bien se levantó y entrando en el aposento del idolo, comenzó á hacer grandes ceremonias, y sacrificar muchas aves, y quemar incienso y ofrecer manjares y flores.

Por estar de intento oscura la pieza, el rey no veía á quien hacía aquellos sacrificios, hasta que tomando un brasero en la mano para incensar al dios se levantó llama, y conociendo la crueldad de que había sido víctima su hija, salió dando grandes voces y diciendo:

«Aquí, aquí mis vasallos los de Culhuacán, contra una maldad tan grande como estos mexicanos han cometido, que han muerto mi hija y desollándola vistieron el cuero á un mancebo á quien me han hecho adorar: ¡mueran y sean destruidos hombres tan malos y de tan crueles costumbres: que no quede rastro, ni memoria de ellos: demos fin de ellos, vasallos míos! (1)»

Entonces comenzó una batalla en que los mexicanos llevaron la peor parte con todo y la protección de su bárbaro y disparatado dios.

No eran menos crueles las ceremonias con que los mexicanos celebraban esta fiesta.

(1) Antiguo manuscrito nombrado por el Sr. Chavero *Cólice Ramírez* en honor del ilustre escritor mexicano que lo descubrió.

Cuarenta días antes de ella elegían una mujer que lavaban y purificaban poniéndole el nombre de la diosa Toci.

A fin de que no pecase después de purificada, la encerraban y con gran cuidado la guardaban en una jaula de vigas.

Cumplidos veinte días vestíanla y alhajábanla con las prendas y atributos de la diosa y la mostraban en público para que todos la viesen y adorasen como á la diosa misma.

Por tal y por madre de los dioses la tomaba el pueblo desde aquel instante y le rendía acatamiento.

Siete días antes del día de la fiesta la infeliz mujer era entregada á otras siete á modo de sacerdotisas, cuya principal obligación era entretenerla y divertirla, porque, como el Padre Durán dice,—«estos que representaban á los dioses y diosas vivos, se entristecían acordándose que habían de morir.»

Durante este tiempo la víctima divinizada teja unas enaguas y una camisa á vista del pueblo, y mientras trabajaba, los jóvenes y las mujeres formaban una enorme rueda tomándose de las manos y bailaban á su alrededor, cantando y lanzando voces de alegría, al son de la música que hacían los sacerdotes vestidos con unas túnicas largas bordadas de calaveras.

La víspera del día fatal la diosa viva era llevada con grande acompañamiento al mercado público ó *tianguis* y hacía la ceremonia de vender las enaguas y camisa por ella tejidos, en memoria de que en su tiempo la madre de los dioses había sustentado á sus hijos con el trabajo de sus propias manos.

El día de la fiesta y antes que amaneciese un sacerdo-

te tomaba de los brazos á la desgraciada diosa y echándosela boca arriba á las espaldas, inclinándose hacia alsuelo, y hallándose en tal postura, llegaba el sacrificador, y cogiéndola de los cabellos la degollaba de suerte que el que la sujetaba quedaba todo bañado en sangre.

Acabada de morir la desollaban de la mitad de los muslos para arriba hasta los codos, y vestían aquel cuero sangriento á un mozo designado al efecto y poniendo encima la camisa y enaguas tejidas por la difunta: como complemento adornaban al mozo con los atributos, joyas y distintivo de la diosa.

El indio así vestido daba la señal del baile, el cual era un simulacro de batalla en que tomaban parte los nobles y principales, cantando himnos en honor de Toci.

Después de estos cantos venía el sacrificio de las víctimas, que se efectuaba del siguiente modo:

Formaban los ejecutores una especie de horca cuadrada y de una altura de treinta varas provista de una escalera de mano.

En los travesaños superiores y amarrados por la cintura sentábanse dos sacerdotes enteramente pintados de negro.

Los demás ejecutores obligaban al que había de ser sacrificado á subir la escalera, y si acaso con el temor de la muerte no lo hacía con rapidez, picaban en las corbas con puas de maguey.

En llegando al último peldaño empujábanle con tal violencia que al caer contra el suelo haciase pedazos.

Pero antes de que muriese los que abajo le esperaban degollábanle y recogían la sangre en una vasija de madera.

Esto mismo se repetía con todas las víctimas destinadas al sacrificio, y concluido, le presentaban el lebrillo al

indio que representaba á la diosa: este mojaba un dedo en la sangre, le chapaba y hacia el simulacro de derramar amargas lágrimas.

Los fingidos alaridos eran la señal de un nuevo combate en que todos los concurrentes procuraban cuando menos herirse los unos á los otros y sin cesar en su pelea salían del templo dirigiéndose á la capilla que la diosa tenía en la entrada de la ciudad, distante media legua.

Allí cesaba la pelea y la bárbara fiesta terminaba despojándose el indio del cuero, ropas y adornos que habia traído y vistiendo con ellos al idolo.

En aquella ocasión la fiesta imaginada por Ixtaolzin sería tanto más bárbara cuanto que las mujeres que representasen á Toci debían ser veinte.

Pero de tal modo los sacerdotes de aquellas irracionales divinidades habianse impuesto á su desventurado pueblo, que no sólo no reclamó nadie contra la sangrienta innovación, sino que el cruel Acatl fué conducido en triunfo por toda la ciudad por su rasgo de haber dado la mayor y más hermosa de sus hijas para el sacrificio.

Cuando Tezomotli supo la suerte á que Xochilt estaba destinada, su desesperación no tuvo limite y juró salvarla á toda costa.

Otro tanto ofreció Gonzalo, yaun hubiera salido de su escondite del palacio real y asaltado el calmecac del templo, si Tezomotli no se lo hubiera impedido con buenas y concluyentes razones.

Por otra parte la calidad de hijo del rey que Tezomotli tenía iba á facilitárselo todo.

Él, al menos, se lo imaginaba así.

Fué, por lo tanto, su primer paso presentarse en el templo á Ixtaolzin.

Un hijo de Cuitlahuatzin, él, que siendo tan sólo simple señor de Ixtapalapa habia osado reprochar á Moctezuma su cobardía, el que por su actitud enérgica, su patriotismo y su valor habia sido aclamado rey del gran imperio mexicano, un hijo de un hombre tal, repito, no podía por menos de ser como él decidido y como él osado y franco.

Habló, pues, claramente á Ixtaolzin y le manifestó que estaba decidido á que Xochilt no fuese sacrificada.

Pero contra lo que esperaba, el sacerdote le quitó toda esperanza de dejarle triunfar en su empresa.

Ixtaolzin le dijo que odiaba á Acatl y que por nada sentiría en salvar á su hija.

A esto le objetó el jóven príncipe con buena lógica:

—Pero, necio; si el mismo Acatl la ha puesto en tus manos ¿qué puede importarte el sacrificio de su hija, ni cuál puede ser la satisfacción de tu venganza?

—Estás en un error,—contestó el sacerdote:—el bárbaro rasgo de Acatl fué efecto de un momento de ciega cólera. Despues ha reflexionado y....

—¿Y qué?

—Ha venido á mí como tú vienes, pero humillando su frente bajo mis plantas, á pedirme la salvación de su hija.

—¿Y se la has negado?

—Sí, se la he negado.

—¿Por qué razón?

—¿Porque le odio!

—¿Pero, por qué le odias?

—No me creo obligado á satisfacer tu curiosidad.

—Lo comprendo.

—¿Qué quieres decir?

—Que aunquetanto, según dices, odias á Acatl le tienes miedo.

—¡Joven!—exclamó el sacerdote en el paroxismo de la cólera.

—Lo repito, Ixtaolzín; ¡eres un cobarde!

—¡Desgraciado de tí si una sola injuria vuelven á verter tus labios contra mí!

—Tezomotli sonrió con serenidad y desprecio y dijo:

—¿Crees acaso que tu horrenda figura ni tu poder me asustan? Te engañas, Ixtaolzín: no sé que extraña pero elocuente voz habla dentro de mí y me dice que nuestros dioses son unos impotentes ídolos de piedra y vosotros unos embaucadores. Ellos y vosotros ¿de qué le habéis servido al infeliz Moctezuma? El finado emperador hizo por sus dioses y por sus ministros lo que no hará ni podrá hacer otro alguno de nuestros monarcas, y ni vuestro deber ni vuestra gratitud pudieron salvarle de fatalidad que sobre él pesó. Ni ellos ni vosotros.....

—No prosigas,—le interrumpió Ixtaolzín con voz reposada como si ningún efecto le hubieran producido las blasfemias del príncipe:—no prosigas en tu inútil discurso: no voy á defender á nuestros dioses, ellos ni lo quieren; se defenderán á sí propios; pero sí voy á confundirte con la razón de mi venganza.

Al decir las últimas palabras Ixtaolzín estaba transformado.

Desaparecido había en él toda señal de encono y de sus párpados se desprendían gruesas lágrimas.

Tezomotli se sintió completamente desconcertado é iba á hablar cuando el sacerdote, señalándole una especie de banquillo de cañas, le indicó que se sentase en él y prestara atención á sus palabras.

El joven obedeció casi inconscientemente.

### La historia de Ixtaolzín

**C**OMO tú era yo joven, y como la tuya rebosaba mi alma en ilusiones.

Muchos años hace de esto.

Gobernaba en México Tizoc, su séptimo rey, hermano mayor de Axacáyatl, su predecesor en el trono.

Hombre sin dotes de ninguna especie para desempeñar el alto puesto á que había sido llamado, su reinado fué sin gloria y oscuro y sus mismos y más inmediatos vasallos se conjuraron contra él, aunque en secreto, pues distinguíase por cruel y vengativo.

El centro de la conjuración fué Ixtapalapa, cuyo señor tenía grandes agravios que satisfacer: mi padre disfrutaba de toda su confianza y fué uno de los principales agentes de los conjurados.

Tizoc murió envenenado y, su hermano y sucesor Ahuizotl, que no había sido extraño al plan de los conjurados, en vez de agradecerles lo que por él habían hecho, se valió del conocimiento que de ellos tenía y de